

su partida, encomendándole á Dios y pidiéndole con mucho afecto sus buenos sucesos, los consoló el Señor, mostrándosele muy glorioso con aureola de mártir, y dándole á entender, cómo viniendo á las Indias habia de conseguir aquella gloriosa corona, de que ambos quedaron tan consolados, como envidiosos de su dicha, y lo dijeron á las personas que lloraban su partida, para que se consolasen, cuyo gozo se ha doblado cuando lo han visto cumplido.

Su divina Majestad, que premió sus fervorosas obras, nos dé parte de su espíritu para que le imitemos, despreciando el mundo y todas sus honras y deleites, y para emplearnos del todo en su santo servicio, hasta dar la vida con el mismo fervor y prontitud por la fe de Jesucristo.

P. ANDRADE.

P. PEDRO DE ESPINOSA

EL año de mil y quinientos y setenta y ocho, nació este esclarecido varón en la insigne ciudad de Granada, de padres nobles y ricos no ménos de los bienes espirituales que de los temporales, católicos, pios y ejemplares en su estado y por sus virtudes merecieron tener un hijo que fuese honra de su casa; pues ninguno la honra más que un hijo santo, y el P. Pedro de Espinosa parece que lo fué desde los pechos de su madre, porque nunca se le sintió costumbres de niño, sino en pocos años costumbres de grande en la cordura, modestia, devocion con Dios y con sus santos, y en particular con la Santísima Virgen, á quien sirvió desde niño con tiernísimo amor y voluntad.

La Reina del cielo parece que le recibió desde luego debajo de su amparo, haciéndole continuos favores, como se vió en una grave enfermedad que tuvo en su niñez, que le puso en las puertas de la muerte; pero en ellas le dió la vida la que lo es de los hijos de la Iglesia; porque llorándole sus padres por muerto, acudieron al altar de nuestra Señora y le ofrecieron un voto por su hijo, y luego sin más plazos resucitó como de muerte á vida, recibéndola por la intercesion de la Santísima Virgen, á quien se mostró siempre agradecido por este beneficio.

Con la edad fué creciendo en la virtud. Estudiaba la Gramática y frecuen-

taba los Sacramentos, y todos los dias, en saliendo del estudio, al tiempo que los de su edad se iban á jugar y entretener en otros divertimientos, nuestro Pedro se iba á la iglesia catedral, y, postrado delante de la imágen de Nuestra Señora del Sagrario, perseveraba inmóvil largo tiempo, rezándole el Rosario y otras oraciones que usaba.

Frecuentaba las casas de religiosos, y gustaba mucho de su santa conversacion, y de oír los ejemplos de las vidas de los santos: y sucedió, que comulgando una vez en el monasterio de las Carmelitas descalzas, le vió una gran religiosa, que se llamaba Beatriz de San Miguel, y llamándole aparte, le dijo: *Mucho le ama Dios, y si le es fiel, ha de ser de grande provecho en su Iglesia*: profecía que se cumplió puntualmente, como se verá en el discurso de su vida.

Acabada la Gramática, pasó á estudiar Filosofía, y tuvo por maestro un varón espiritual y docto, el cual, conociendo su buen natural y la inclinacion á la virtud, le ayudó mucho en ella así con sus buenos consejos como con su ejemplo, que es la mejor exhortacion. Y viendo cuánto aprovechaba, le aconsejó que se opusiese al colegio de S. Ambrosio, que se fundaba entónces en Sevilla.

Llevóle con aprobacion universal, así por sus buenas letras como por sus buenas costumbres, moneda que corre en todas partes con su debido valor.

Aquí comenzó á ostentar el suyo el nuevo colegial, dando resplandores de su mucha virtud, con que encendía á los demas y los traía en pos de sí al servicio de Dios, y los apartaba de los vicios, exhortándolos con sus palabras y moviéndolos con su ejemplo á la devocion y frecuencia de sacramentos y á las obras de piedad, de suerte, que por su santa industria parecia el colegio de seglares una casa de observante religion: tanto como esto puede en una comunidad un hombre de celo y buen ejemplo, á quien Dios comenzó desde este tiempo á descubrir sus secretos con particular favor.

Rogándole por un hermano suyo, se le mostró en vision imaginaria difunto y ahogado, hinchados el rostro y vientre y algo desfigurado: y aunque no entendié entónces lo que significaba la vision, el efecto se la declaró, viéndole poco despues traer ahogado y difunto en la forma que Dios se le habia mostrado; que fué la primera y principio de otras muchas revelaciones que tuvo del Señor. Porque como veremos, fué hombre de alta oracion y muy favorecido de Dios en ella desde que era seglar, en el cual tiempo hacia muchas y muy rigurosas penitencias de ayunos, cilicios, vigiliass y sangrientas disciplinas.

Ardia tal fuego en su corazon, que todo se abrasaba en deseos de amar y servir á Dios, y padecer mucho por Él, y de que todo el mundo le conocie-

se y amase y le sirviese, teniendo por tan propias suyas las ofensas que se hacían á su divina Majestad, como si él mismo las padeciera; y era en tanto grado, que se salía á los campos solo á desahogar su pecho, clamando con voces altas á Dios, pidiéndole trabajos que padecer porque los hombres no le ofendiesen, y que ensanchase su corazón para amarle y le diese fuerzas para servirle, y cumplimiento á sus ardientes deseos. Dios le respondió, que los cumpliría muy presto, llenándole las medidas de los deseos de padecer, como luego se verá.

II

Entra en la Compañía, y lo que pasó hasta llegar á Filipinas.

En hábito seglar hacia vida religiosa de muchos quilates de perfección, en la flor de su edad de veinte á treinta años, cuando más arde la sangre y son más duras las batallas padecidas en la juventud; pero el esforzado soldado de la milicia de Cristo alcanzaba continuas y gloriosas victorias del comun enemigo, adelantándose cada día en el servicio de Dios, el cual á este tiempo le llamó para la religión, tomando ocasión de la llegada del P. Alonso de Humanes á Sevilla, Procurador por la provincia de Filipinas, á disponer su jornada para ellas, con otros treinta que llevaba de la Compañía á cultivar aquella viña del Señor.

Vióle y hablóle, y comunicóle despacio el P. Pedro de Espinosa, entonces D. Pedro de Espinosa, colegial, como dijimos, del colegio de S. Ambrosio: oyó de su boca los innumerables gentiles que había en aquellas islas, los muchos que se perdían por falta de quien los enseñase y bautizase, la muchedumbre de pueblos de cristianos, que en muchos meses no oían una Misa por falta de quien se la dijese, y otras cosas de este jaez, todas ciertas y verdaderas: y obrando la divina gracia en su alma, se movía íntimamente á pasar á aquellas islas, adonde juzgó que hallaría el lleno de sus deseos, así de padecer por amor de Cristo, como de traer almas á su conocimiento. Comunicó su vocación con el P. Diego Granados que era su confesor y maestro, el cual aprobó su buen intento, y con su consejo y dirección le recibió el P. Alonso de Humanes para llevarle consigo á las islas Filipinas.

Pero aquí comenzó Dios á cumplirle su palabra de dar el lleno á sus deseos de padecer por su amor con tantas ocasiones de aflicciones, trabajos y penas como llovieron sobre él. Porque lo primero se armó todo el infierno para impedirle el cumplimiento de su vocación, reconociendo el grande fruto que había de hacer en la Iglesia del Señor.

Acometiéronle los demonios con feisimas tentaciones, tan continuas que no le dejaban de día ni de noche, luchando perpétuamente con él; eclipsósele juntamente aquella luz divina, de la divina consolación que rayaba en su alma, padeciendo terribles sequedades en el espíritu y en la oración: clamaba al cielo, y no sentía ser oído, pedía consuelo y no le hallaba, lloraba y no era consolado, andaba triste, aunque no sin aliento ni descaecido; pero como era novicio, y no conocido en la religión, teníanle por triste, tético y melancólico, y los más por de mal natural y no á propósito para la Compañía: y creció este dictámen de manera que el P. Alonso de Humanes, ordenándolo así Dios para ejercitar á su nuevo soldado, se resolvió á despedirle de la Compañía, como de hecho lo hizo en llegando á Méjico, sin que le valiesen lágrimas ni plegarias, porque juzgó que convenía al servicio de nuestro Señor. Duro golpe para quien tan de veras deseaba emplearse todo en su servicio, y había vivido tan ajustadamente, caminando siempre contra la corriente del agua, en el mar de la religión.

¿Qué corazón no quebrantaría un trabajo tan desmedido á las fuerzas humanas? ¿A quién no hiciera desmayar un suceso tan inopinado, de tal deshonra y desamparo, en tierra tan extraña, á un hombre principal, en la flor de sus años, sin haber dado causa para él?

Verdaderamente parece que fué el mayor que le podía venir, y el que nunca pudiera imaginarse; pero Dios que no da á escoger á sus amigos lo que han de padecer, sino que ordinariamente les envía lo que más han de sentir, le envió á este siervo suyo lo que nunca se le ofreció pasar, y lo que más podía sentir.

Mas como juntamente pone el Señor en una balanza la pena y en otra el auxilio y gracia para llenarla y merecer con ella, así lo hizo con este siervo suyo, el cual confiesa en un papel que se halló de su mano, que si bien sintió como hombre este golpe tan duro para él, no le turbó, ni alteró ni se halló desconsolado, ántes conforme con la voluntad de Dios, recibiendo aquel trabajo como enviado de su mano y con gran esperanza de mejorarse con él, reconociendo con humildad que no merecía por sus pecados vivir entre los siervos de Dios, ni ser alistado en su santa religión.

Y considerando que no hacen el hábito sino las costumbres al hombre religioso, tomó casa enfrente de la Compañía, y en todo y por todo se ajustó á su distribución como si viviera dentro del mismo colegio, con tal ejemplo y santidad de vida, que edificó á todos.

Acudió á nuestros estudios, trató familiarmente con los de casa, y conocido su buen caudal así de letras como de virtud, premiando Dios su paciencia, movió á los Superiores á que le volviesen á recibir, lo cual se hizo con

gran júbilo de su alma el día de S. José de 1614 años, teniendo treinta y seis de edad y muchos más de virtud, declarando Dios con esta acción, que le había enviado aquel trabajo para mostrar con aquel golpe los quilates y fineza de su alta santidad.

Un año estuvo fuera de la Compañía, que fué el de más dura probación que ha tenido alguno en ella, desterrado como Adán á vista del mismo Paraíso que había perdido y deseaba recuperar, viviendo en él con el alma y llorando con amargo llanto la pérdida de su bien; y á la medida del dolor de haberle perdido, fué el gozo de haberle recuperado; que de esta manera premia Dios la paciencia de los suyos. Y ordenó la divina Majestad que aquel año se detuviere en Méjico el P. Alonso de Humanes, aprestando su viaje para Filipinas, para que lograrse sus primeros deseos, y así partió en su compañía, adonde Dios le asignó su apostolado y lo que en él obró diremos en los párrafos siguientes.

III

Pasa á Filipinas, ordenase de Sacerdote y recibe muchos favores de Dios.

Embarcóse como dijimos para las islas Filipinas el año de 1614, dando en la mar los ejemplos de religion y santidad que había dado en tierra firme.

Pasaron á vista de las islas que llaman de Guadalupe, pobladas de indios gentiles, tan bárbaros y crueles que se comen los hombres, y nunca han permitido que se les predique el Evangelio, porque á cuantos lo han intentado han quitado las vidas. Y no obstante estas noticias que tuvo el P. Espinosa, fué tan encendido su celo de convertir aquellos infieles y ganar sus almas para Cristo, que pidió al Superior con repetidas instancias que le echasen en aquellas islas para predicar á aquellos indios, alegando para esto cuán poca falta haría en la Compañía un novicio como él era entónces, y que si le mataban, tendría la religion un ruin ménos y un mártir más, que era de más importancia que su vida. Pero estimando sus fervores, le negaron la licencia que pedia, dándole ciertas esperanzas de que tendría bien presto adonde emplear sus deseos en miés copiosísima.

Más ciertas las tuvo del mismo Dios que le daba estos deseos, porque retirándose á la oración á consolarse con Él, ofreciéndole su voluntad para convertir, si pudiese, todo el mundo, le habló interiormente y le dijo, que presto le llevaría á tierras de idólatras gentiles, á quien predicase su Evangelio, lo cual se cumplió como veremos, y el siervo del Señor quedó consoladísimo.

En llegando á Manila, se ordenó de Sacerdote y se dispuso para su primera Misa con largas horas de oración y rigurosas penitencias, que le pagó nuestro Señor con inefables gozos espirituales en que se bañó su alma, y se encendió de manera en el amor de Dios, que enajenado de sí, parecía transformarse en un abrasado Serafin, porque le salía al rostro el fuego de amor divino que ardía en su corazón.

No pocas veces crecía tanto este incendio, que como á más cercano le abrasaba el pecho, y para refrigerar el ardor le templaba con golpes de agua fría y con paños mojados, como se escribe del santo H. Estanislao, pagándole Cristo con favores admirables que le hizo.

Hallábase algunas veces sin aliento, padeciendo deliquios con la fuerza del amor, y regalándole su amado, sentía recibirle en sus brazos y, haciéndole mil caricias, llevarle á su corazón, adonde encerraba su alma y hallaba el descanso que no podía hallar en ninguna cosa criada de cuantas hay en el mundo. Allí reposaba y se regalaba en dulcísima contemplación con su Dios, en cuya casa vale más una hora de descanso, que millares de millares en los palacios y delicias del mundo.

Aconteció tal vez hallarse afligido en muchos trabajos que padeció, y retirarse á consolarse con Dios, y arrojarse en su presencia derramando arroyos de lágrimas, como quien daba á la bomba de su anegado corazón, y aparecerle Cristo con rostro amoroso y haciéndole caricias y diciéndole ternezas, juntar su rostro con el suyo y derramar lágrimas con él, mostrando el amor que le tenía; pues sentía sus trabajos y los lloraba como si fueran propios suyos, que son las últimas demostraciones de amor, hacer propios los trabajos y penas del amado, y sentirlas y llorarlas como si el mismo Señor las padeciera, pagándole con este retorno el amor que le tenía y las lágrimas que derramaba por las ofensas que los hombres le hacían, como si fueran propias suyas. Una vez lloró por Lázaro difunto y todos dijeron: *Ecce quomodo amabat eum*. Bien declara el amor que le tenía y no declaró ménos el que tuvo á su siervo en las lágrimas que derramó con él, y bien se deja entender la consolación que recibiría su espíritu con tan desusado favor, como fué juntar Cristo sus ojos con sus ojos, y sus lágrimas con sus lágrimas, para consolarle en sus penas, y animarle á padecer por su amor; y ofreciéndole nuestro Pedro en retorno su corazón, le puso Cristo un anillo en el dedo, como si se le entregara con aquella demostración; que á tales finezas y familiaridad llegó con su divina Majestad por la grandeza de su amor.

Estando un día en oración regalándose con Dios y pidiéndole su espíritu para convertir el mundo y padecer mucho por Él, le apareció Cristo nuestro Señor con dos coronas en las manos, una de oro pequeña riquísimamente

labrada, otra de espinas sin comparacion mayor, como se escribe de santa Catalina de Sena, pero con diferente significacion; porque á la Santa se las ofreció Cristo, la una para esta vida y la otra para la otra; pero á nuestro Pedro ambas á dos para esta. La de oro fué de las consolaciones y favores que le habia de hacer en esta vida, preciosos, pero pocos en comparacion de los trabajos y aficciones que habia de padecer, significados en la de espinas grande y dilatada; porque habian de ser muchas y penosas y durar toda la vida, á que el siervo fiel respondió: *No recibiré tantas, Señor, que satisfagan mi sed, y no me quede desco de padecer más y más por vuestro amor.* Y fué así, porque siempre vivió con insaciable sed del martirio y de pasar inmensas penas por Dios: propiedad del que ama, desear hacer y padecer sin límite por su amado.

Al mismo paso que se entregaba á Dios, Dios le franqueaba su pecho y se le comunicaba con tal cariño y afabilidad, como lo significa en sus apuntamientos, adonde dice así: *«Hallábale propicio, y al modo que se están aconsejando dos amigos que mucho se aman y no se pueden apartar el uno del otro por el grande goce que de su conversacion reciben. A este modo era el estar yo con nuestro Señor, y parece iba Su Majestad encendiendo el fuego.»*

De aquí le nacia andar siempre como extático y todo absorto en Dios, en continua oracion y presencia suya, sin poder borrar de su imaginacion la imagen admirable en que se le representaba; conversaba con Él con un gozo tan excesivo, que no le parecia quedaba más que desear en la bienaventuranza, como él mismo lo testifica por estas palabras: *«Dábame nuestro Señor tanto gozo, que tomara yo de muy buena gana, despues de haber padecido inmensos trabajos, esto por cielo para siempre, sin desear otra cosa más que ver amado intensamente de todos á Jesucristo nuestro bien.»* Tal era la abundancia de la divina consolacion con que algunas veces Dios bañaba su corazon.

Acontecióle retirarse á su aposento en la hora de recreacion á tenerla con Dios, y visitarle Cristo nuestro Redentor, y pasearse con Él, y tratar de la conversion de los gentiles con la familiaridad y llaneza que pudiera con el amigo más íntimo de su corazon.

Otra vez, en la misma hora de quiete y recreacion, recogido en su celda á tenerla con Dios, vino Cristo á entretenerle, y hallándole sentado en una silla, se sentó junto á él en otra, y le mantuvo gustosa conversacion, dándole altísimas noticias de los misterios divinos con un gozo tan superior, que no le cabia en el pecho, abrasándose en vivas llamas de amor.

Retirado otra vez á dar gracias á Dios á su aposento, vió con vision imaginaria al niño Jesus junto á sí, con tan rara belleza, gracia y hermosura, que

le robó el corazon y los sentidos, y le enajenó de sí mismo, dejándole tan impresa su imagen en lo íntimo de su alma, que no la pudieron borrar el tiempo, ni las ocupaciones grandes que tuvo, recreándose y alentándose siempre con su divino aspecto y compañía.

Otras veces sentia una presencia amorosa y eficaz del Padre Eterno, que movia su voluntad con ternísimo amor, y prorumpia en deseos abrasados de amarle con su Hijo Santísimo, y sin poderlos reprimir, daba voces y gemidos, clamando y llorando por unirse con su Dios. Viéronle salir no pocas veces por los bosques y montes, arrebatado de la fuerza del espíritu, pisando y rompiendo cuanto encontraba de ramas y zarzas y cambrones, y quedarse arrobado, levantado del suelo por mucho espacio de tiempo, en altísima contemplacion sin volver á sus sentidos.

Tal era de ordinario su oracion, que arrebatando el cuerpo la fuerza del espíritu, estaba todo en el aire, tocando al suelo con la punta del pié, y los efectos que causaban en su alma estas mercedes tan singulares de Dios se verán en el porte de vida que guardó.

IV

De los ministerios y oficios en que se empleó.

El celo de las almas y los deseos de traer todo el mundo al conocimiento y servicio de Dios nacieron con este santo varon; pues siendo niño procuraba traer á sus iguales á la virtud, y en el colegio seglar á todos sus colegas al temor santo de Dios. Y aunque por ello padeció denuestos, persecuciones y pesares, ordinarios gajes que de estos empleos tiran los siervos del Señor, no por eso desistió de su intento, ántes se azoraba más, cuando sentia más contradiccion, juzgando que pues el demonio contradecia, era más servicio de Dios.

Este celo santo le hizo renunciar su libertad, y sus parientes, y patria, y atravesar los mares, y desterrarse á lejas tierras entre bárbaros y gentiles á diligenciar su salvacion. Con este designio se ordenó en llegando á Manila, y luego comenzó su predicacion con un espíritu de un apóstol, echando por la boca llamas del ardiente fuego de su corazon; y aunque hacia gran fruto en la ciudad, era corta esfera para el incendio de su pecho, y así pasó luego á las islas de los indios gentiles, idólatras y sin conocimiento de Dios, á los cuales alumbró con la luz del santo Evangelio, y redujo al conocimiento y servicio de su Criador.

Bautizó muchos millares de almas, enseñóles la ley santa de Dios, doctrinóles, y de brutos silvestres los convirtió en hombres de razon, reduciéndolos á vida política y racional, domesticándolos y domándolos con el yugo suave del Señor.

A qué costa de trabajos compraria estas almas este apostólico varon, callo; pues se deja bien entender los sudores, los desvelos, los caminos, navegaciones y riesgos que pasaria en esta lid con gente tan bárbara, á quien defendía Satanás, usando de todas sus artes para apartarlos de Dios.

Vez hubo que, andando en estas islas, padeció por mucho tiempo tan horrible tempestad, que ensoberbecida la mar se encrespó de manera que parecia querer sorberse las islas, porque llegaron sus olas á cubrir las cumbres de los montes, y el barco en que el Padre iba, á pisar las copas de los árboles, causando las aguas la ruina de muchos pueblos y muerte de inmensa gente.

El buen Padre en tan grande riesgo no perdió la confianza en Dios, á quien oró, como el Profeta, de lo íntimo de su corazon, y fué oido de su divina Majestad; porque habiendo padecido dias y noches sin reposo ni alivio tan desecha tempestad, le sacó de ella con vida á él y á los indios que le llevaban, lo que todos juzgaron por evidente milagro, contra toda esperanza humana; y no por esto se acobardó en su intento, ántes con nuevos alientos se abalanzó á los peligros, por sacar las almas del poder de Satanás, enseñando á confiar en Dios.

Ocupado, pues, en este apostólico empleo, cayó en una grave enfermedad, porque trabajos tan desmedidos sobre todas sus fuerzas no pudieron dejar de vencer su flaqueza natural; y, aunque lo llevó con paciencia y alegría, pareció á los Superiores conveniente retirarle á Manila, para curarle y reforzarle, hasta que cobrase fuerzas para poder trabajar.

Así le mandaron venir con grande mortificacion suya, adonde estuvo hasta que convaleció; y aunque pidió volver á su antiguo empleo, no se le concedió, por haberse ofrecido otro de importancia que le encargaron de mucho servicio de Dios, con la ocasion siguiente:

El enemigo holandés surcaba los mares de aquellas islas con una armada de diez naves artilladas con muchos soldados y pertrechos de guerra, robando sin resistencia cuanto hallaba así en la mar como en las costas, y el siervo de Dios sentia de manera estos ultrajes que padecian los católicos, que fué fama constante habersele ocasionado la enfermedad dicha del grande sentimiento.

Para coger las dos naos que venian de Méjico á Manila con el socorro para la defensa, se puso el enemigo á la boca del puerto á esperar su venida;

pero halló más resistencia que pensó, porque el P. Espinosa se le opuso con las armas de su oracion y penitencia, suplicando á nuestro Señor intensamente por ellas, y Dios por sus plegarias las libró milagrosamente, enviando una nube á modo de niebla muy espesa que las cubrió de tal suerte, que pudieron tomar puerto en Manila sin ser vistas del holandés, dejando frustrados sus intentos, y tan rabioso por la pérdida que, acercándose al puerto, les disparó el grueso de su artillería, pero sin algun fruto, porque fué rechazado varonilmente de los nuestros.

Pues, para refrenar la tiranía de este enemigo y castigar sus agravios, se dispuso en Manila una buena armada, y entre otras personas que se eligieron para ella, fué el P. Pedro de Espinosa, cuya santidad y consejo, juntos con la fuerza de su oracion y el valimiento que tenia con Dios, juzgaron todos por la más fuerte armada para vencer al enemigo, por lo cual le ordenó la obediencia que, dejando su recogimiento, se partiese á aquella guerra.

Obedeció el humilde Padre, embarcóse en la *Capitana*, armado con la confianza en Dios á quien continuamente oraba por la victoria, exhortaba á los soldados que purificasen sus conciencias por el sacramento de la Penitencia, que se apartasen de vicios y obligasen á la divina Majestad con santas obras, confiando en su bondad más que en las fuerzas de sus armas, que son las más poderosas para alcanzar la victoria.

Cuando llegó el tiempo de cerrar con el enemigo, se puso en medio de los escuadrones en la plaza de la nave con una imágen devota de Cristo crucificado en la mano, animando á todos con tal denuedo y aliento, que le ponía á cuantos peleaban, peleando él con las manos de todos los soldados y mucho más con los clamores y gemidos que enviaba al cielo, de donde le vino el auxilio, y tal ánimo á los nuestros y desmayo á los contrarios, que perdieron las fuerzas y la victoria: parte quedaron ahogados en la mar, parte presos y parte huyeron volviendo nuestra armada á Manila victoriosa y triunfante, atribuyendo á las oraciones y virtud del P. Espinosa tan glorioso suceso.

Concluida esta jornada tan felizmente, hizo la última profesion que nuestro P. General le envió enterado de su mucha santidad y buenos trabajos, los cuales continuó en la villa de Arévalo, adonde le enviaron por Rector muy contra su voluntad, que fué siempre de obedecer y no mandar; pero hubo de bajar la cabeza y sujetarse á la obediencia de quien se lo mandó.

No tuvo de Superior más que el nombre, porque en las obras fué súbdito de sus súbditos sirviéndoles como si fuera su esclavo, con afabilidad y mansedumbre como si fueran sus hermanos.

Caminaba siempre delante en la observancia religiosa y en el ejercicio de los ministerios de nuestra religion, predicando, confesando y catequizando á